FRANCISCO AYALA Y ALEMANIA

Con la ocasión de haber traducido al alemán algunos de los cuentos y ensayos de Francisco Ayala he entrado en contacto personal con él y he podido darme cuenta del conocimiento que tiene de las realidades germánicas, en especial las relativas a la cultura. Por eso me ha parecido de interés plantearle algunas cuestiones, que él contesta a continuación.

—*¿Cómo nació su interés por Alemania?*

—Nació muy precozmente en mí el interés a causa de la particular relación que ha habido entre España y Alemania durante el tiempo de mi vida. Acerca de eso escribí unas páginas como prólogo a la edición alemana de mi librito *España a la fecha.* Los años de mi infancia fueron los de la primera guerra mundial, en cuya época los españoles se dividieron muy apasionadamente en los bandos germanófilo y aliadófilo, una división que separó a los miembros de mi propia familia. Luego, en mi época de estudiante, subsistía aún en España el antiguo prestigio cultural de Alemania. La mayor parte de los becarios iban allí a ampliar sus estudios, yo fui uno de ellos. Fui a Alemania el año mil novecientos veintinueve, pero para mí no se trataba tan sólo de profundizar en tales o cuales disciplinas, sino de asomarme a un mundo distinto; y aquella Alemania de la posguerra, en que empezaba a manifestarse el nazismo, era en efecto sumamente diferente de España. Mi experiencia de esa temporada resultó intensísima y muy amplia. Aprendí el alemán, y en seguida traduje algunos libros, no sólo de ciencias políticas y sociales, como el de Mannheim, o *La teoría de la Constitución,* de Carl Schmitt, sino también novelas. De hecho, mi primera traducción publicada fue una novela de Arnold Zweig, de la que no conservaba ejemplar ninguno y que ahora uno de mis amigos, Jorge Campos, me ha facilitado. Para mí ha sido una gran curiosidad leer aquella primera traducción mía. Luego, en Argentina, durante un período en que tuve que ganarme la vida traduciendo, traduje los *Aufzeichnungen,* de Rilke, y un par de

novelas de Thomas Mann. Y he seguido siempre leyendo alemán, aunque ahora la larga falta del uso de la lengua viva me retrae de hablarla.

—*¿Por qué fue precisamente a Berlín a estudiar?*

—Justamente porque no me proponía profundizar en una determinada especialidad o seguir las enseñanzas de un determinado maestro, sino más bien asomarme a un mundo, como antes dije, diferente del español, y observar la realidad de ese mundo en todos los aspectos posibles. Para eso Berlín era muy adecuado. Los efectos de la descomposición social eran más agudos en la gran ciudad, donde, por otra parte, los fermentos de novedades artísticas, literarias, etcétera, se hacían sentir con mayor fuerza. El Berlín de aquel momento era algo muy peculiar. Más tarde, leyendo el libro *Farewell to Berlin,* del inglés Isherwood, que es un hombre de mi misma edad y estuvo en los mismos parajes que yo al mismo tiempo, aunque nunca nos conocimos, he tenido una visión con otros ojos de lo que yo mismo pude observar entonces. En los momentos actuales existe una especie de curiosidad hacia aquel Berlín, tal como se manifiesta, por ejemplo, en el nivel del público general con la popularidad de la película «Cabaret».

—*¿Continuaron sus relaciones con Alemania durante la República Española?*

—La instauración del régimen nazi en Alemania produjo un derrumbamiento de las estructuras académicas de aquel país. Dos episodios personales pueden dar muestra de lo que ocurrió allí: yo había ido a Viena con dos colegas para tomar parte en un congreso de Derecho administrativo y, estando allí, el director del Romanische Seminar, de Berlín, el profesor Gamillscheg, que había sido amigo mío, me invitó a dar una conferencia en su seminario. Cuando llegué, me dijo que le habían llamado del Ministerio de Asuntos Exteriores para advertirle de que esa conferencia no podría darse, porque yo había publicado en un periódico de Madrid un artículo contrario a la idea del *Anschluss.* Gamillscheg insistió en que me había invitado y la conferencia debía darse, pero cuando acudimos había una patrulla nazi cortando la entrada al local. Nosotros pasamos, sí, pero no dejaron pasar al público. Aquella noche la cena que nos ofreció nuestro anfitrión fue elegante, pero lúgubre. Incluso nos advirtió que no hiciésemos ningún comentario delante de los hijos, muchachitos de dieciséis y diecisiete años, que luego habían de sucumbir en la invasión a Polonia. El otro episodio a que me refiero es el del profesor Hermann Heller, socialdemócrata que había intentado tratar de organizar

alguna resistencia obrera contra la avalancha nazi y que pudo refugiarse en Madrid. Nuestra Facultad de Derecho le ofreció una cátedra, y yo, que había estudiado con él en Berlín, puse mucho empeño en conseguírsela; pero el pobre hombre murió al año siguiente de un ataque del corazón. En esas condiciones es claro que no podía haber una normal relación cultural con Alemania.

—¿Ha vuelto a Alemania después de la guerra?

—Volví hacia el año mil novecientos cincuenta y uno o cincuenta y dos para admirar el contraste entre lo devastado y todavía entonces no reconstruido, por una parte, y por otra la prosperidad enorme que en todos los lugares podía advertirse. He encontrado a algún antiguo amigo, como Walter Pabst, que recientemente se ha retirado de profesor de literaturas románicas en la Universidad Libre de Berlín.

—¿Ha ejercido influencia el pensamiento alemán sobre su obra de sociólogo?

—Sin duda. El haber tenido acceso al pensamiento alemán nos ha permitido a los españoles de mi generación y de generaciones anteriores alcanzar una perspectiva amplia, sin vernos limitados al canal de la lengua francesa. Piénsese que Ortega y Gasset ha sido una influencia importante para todos nosotros, y Ortega estuvo familiarizado con el pensamiento alemán tanto como con el francés y el italiano, lo cual, como digo, libera de la supeditación exclusiva a una cultura nacional determinada.

—¿Considera usted entonces que su vinculación con Alemania es algo más que marginal?

—Sí; creo que Alemania ha sido para mí una experiencia vital de carácter fundamentalísimo.

ERNA BRANDENBERGER

Goldauerstrasse 12
8006 ZÜRICH (Suiza)